



PORTO-FERRAJO.— Puerta del Mar, donde desembarcó Napoleón el 4 de Mayo de 1814.

CAPÍTULO II

INSTALACIÓN DEL EMPERADOR

Al salir el sol. — Incertidumbres recíprocas y entusiasmo. — La Diputación de la isla á bordo del *Undaunted*. — Entrada del Emperador en la capital. — El *Te Deum* y el besamanos en la Casa Municipal. — Primera idea del Emperador acerca de su isla. — Alojamiento imperial. — Muebles y ropas del Emperador. — Su corte. — Ejército y armada. — Hacienda pública. — La nueva Salento. Caballos del Emperador. — *Madame mère*. — Sombras del cuadro.

El 3 de Mayo de 1814 dió vista el Emperador á su nuevo reino de Elba.

De siete á ocho de la mañana, con tiempo espléndido y mar tranquila y refulgente, los vigías de las fortalezas señalaron fragata inglesa, que, á velas desplegadas é impelida por débil brisa, llegaba en demanda de Porto-Ferraio.

El general Dalesme, gobernador francés de la isla y comandante militar de la plaza, tomó sin pérdida de tiempo las precauciones de ordenanza, mandando cerrar el puerto, cargar los cañones y poner las tropas sobre las armas. El vecindario, conmovido por temerosa curio-

sidad, acudió presuroso al muelle. ¿Qué buque era aquél y á qué venía? ¿Acaso á bombardear la ciudad y desembarcar belicosamente en ella? El desconocimiento de los sucesos exteriores, infundía á los elbenses el temor de pagar las culpas de sus dueños (1).

El rumor de que se había hundido el poderío francés puso en revuelta á la isla. El 21 de Abril se sublevó la guarnición de Porto-Longone, compuesta de numerosos italianos, desertores castigados y malhechores enviados disciplinariamente á la isla de Elba. Las tropas leales ametrallaron á una partida insurrecta que había asesinado á un jefe militar. Los que pudieron escapar se apoderaron de un buque mercante, en el que se hicieron á la vela. El mismo día Napoleón fué quemado en efígie en Marciana Marina. El 22 de Abril el general Dalesme tuvo que prometer el licenciamiento de todos los soldados no franceses á fin de evitar otra revuelta.

Los ingleses, por su parte, intrigaban en la isla sin perdonar medio para apoderarse de ella. El 27 de Abril un parlamentario inglés informó al general Dalesme de la caída del imperio y la restauración de los Borbones, intimándole á que se rindiese, so pretexto de que el tratado de paz entre Francia y los aliados cedía la isla de Elba á Inglaterra. Dalesme no quiso entregar la plaza sin tener informes más fidedignos, y pidió un salvoconducto que le permitiera enviar un ayudante á París con objeto de convencerse. Entonces se retiró el parlamentario.

El 28, otro parlamentario inglés, acompañado de un representante del Gobierno provisional, confirmaba al general Dalesme la abdicación del Emperador y le invitaba á substituir en la ciudadela la bandera tricolor y las águilas por la bandera blanca, advirtiéndole de paso que pronto llegaría el Emperador, á quien se le había destinado por retiro la isla de Elba. El general Dalesme se mostró sorprendido por la noticia, y aunque enarboló la bandera flordelisada, se mantuvo precavido. Nadie creyó en la venida de Napoleón, sino que iban á caer bajo el dominio inglés. Los patriotas hablaban de exterminar á los extranjeros y proclamarse independientes.

(1) Desde los últimos cinco meses de la guerra que la coalición europea sostenía con el Imperio francés, la isla había estado bloqueada por los ingleses, sin comunicación con el continente y casi reducida al hambre.

Entretanto, la fragata se deslizaba lentamente sobre la nacarada superficie del mar, envuelta en la áurea luz del sol, y se aproximaba poco á poco. Aunque sus intenciones no pareciesen hostiles, el general Dalesme, en prevención de cualquier sorpresa, destacó un aviso para advertir á la fragata que la cañonearía si no paraba la marcha. Entonces el buque izó bandera de parlamento, plegó velas y echó anclas. Eran las dos de la tarde.

También dominaba la inquietud á bordo de la *Undaunted*, que, por intermitencias del viento, había tardado cuatro días en la travesía de Fréjus á Elba.

El Emperador no ignoraba las sangrientas luchas á cuyo coste era francesa la isla, y se preguntaba cómo iban á recibirle sus futuros vasallos. Presumía encontrar la isla en plena revolución, con riesgo de otra matanza de franceses, y aun suponiendo inquebrantada la lealtad de los elbenses respecto de Francia, cabía dudar de que su persona fuese grata á quienes se les imponía sin previa consulta. ¿Le recibirían allí con las mismas amenazas, los mismos puños que le acababan de perseguir á través del Mediodía de Francia? En Fréjus preguntó Napoleón al comisario inglés «si podía contar con cien marineros de la *Undaunted* para protegerle durante los primeros días de su permanencia en la isla, hasta que llegaran los cuatrocientos guardias imperiales que le concedía el tratado de Fontainebleau (1).» También previno la imposibilidad de desembarcar, y apuntó la idea de refugiarse en tal caso en Inglaterra (2). Las declaraciones de un pescador llamado la víspera á bordo de la fragata, agravaron sus temores, de modo que los comisarios inglés y austriaco, responsables ante sus respectivos gobiernos de la persona del Emperador, se opusieron formalmente al desembarco antes de asegurarse del ánimo de los isleños.

Por otra parte, no quería Napoleón desembarcar como fugitivo ni como simple particular. Llegaba el rey Napoleón, y pretendía que como á rey se le recibiese.

Pasó el día entre incertidumbres por una y otra parte. El Empe-

(1) Artículo XVII.

(2) CAMPBELL, págs. 40 y 60; WALDBOURG-TRUCHSESS, pág. 12.—Es curioso comparar esta primera idea que el Emperador tuvo de pedir asilo á Inglaterra con la que puso en práctica después de Waterloo.

rador se paseaba á lo largo del puente de la fragata, con gorra impermeable de marino. Ya muy entrada la tarde, un bote de la *Undaunted* se llegó al puerto conduciendo al general Drouot, al coronel polaco Jerzmanowski, al comisario inglés coronel Campbell y al mayor Clam, ayudante del comisario austriaco general Koller. Al desembarcar, hubieron de abrirse paso á través de la multitud para avistarse con el general Dalesme, á quien Drouot entregó una carta del Emperador, escrita en Fréjus el 27 de Abril, informándole de que, «obligado por las circunstancias á abdicar la corona imperial», era desde entonces soberano de la isla de Elba, y que, por lo tanto, «se le habían de entregar sin demora los almacenes de boca y guerra y posesiones del dominio regio». Suplicaron al general Dalesme los comisionados que comunicase el nuevo orden de cosas á los habitantes de la isla, á quienes algunas frases hipócritamente lisonjeras enteraron de que Su Majestad había elegido la isla á causa de la benignidad de su clima y de la dulzura de sus habitantes. El mayor Clam añadió, por vía de conclusión: «Es preciso someterse á lo que Europa ha resuelto»; y el coronel Jerzmanowski puso la mano en el puño de su espada, diciendo: «Espero que no tendremos necesidad de batirnos».

El general Dalesme sólo podía responder de su adhesión personal y de su respetuosa sumisión. Convocó inmediatamente á las autoridades de Porto-Ferrajo, les presentó los enviados del Emperador, á cuya carta dió lectura, y les invitó á comunicar su contenido á la multitud.

El anuncio oficial de tan sorprendente acontecimiento; la llegada del ilustre emperador Napoleón; su sincero deseo de establecerse en la isla, después de abdicar la corona del mundo; su promesa de tener en adelante á los elbenses por «objeto constante de su más vivo interés», todo ello causó estupor en el ánimo de aquel exiguo pueblo, que se sintió tan orgulloso como si á los vecinos de Tarascón se les dijese que el Zar de Rusia ó el emperador de China dejaban sus imperiales palacios para vivir en su recinto. La minoría de pesimistas y recalcitrantes quedó absorbida en el entusiasmo general. Aquello fué el delirio (1).

(1) Dice HELFERT (pág. 70) que entre los documentos de la familia del comisario austriaco Koller, hay una *Protesta de los elbenses*, en que se lamentan de que, so pretexto de aliviar al mundo, se les envíe «el azote del género humano, á un ser que había derra-

Resolvieron por fin nombrar una diputación compuesta del general Dalesme, del subprefecto, del comandante de la milicia nacional y del señor Pons de l'Hérault, administrador de las minas, para que fuese á ofrecer al Emperador los respetos de sus vasallos. La diputación embarcó inmediatamente en el bote de la fragata, mientras la ciudadela arriaba la bandera flordelisada.

* * *

Oportuno es dar breve noticia de uno de los individuos de la diputación elbense, de Pons de l'Hérault, á quien encontraremos varias veces junto al Emperador, y que nos ha legado unas memorias muy útiles de los acontecimientos sobrevenidos en la isla.

Había nacido en Cette, el año 1772, y era hijo de un posadero catalán y de una francesa. Ejerció en un principio la profesión de capitán de la marina mercante, pasó después al servicio de la armada, con el empleo de oficial, y por último entró en el cuerpo de artillería. Era capitán de esta arma cuando conoció en Tolón á Bonaparte, ya entonces general, á quien hospedó en su casa durante dos días y tuvo el honor de darle á gustar el plato regional de Provenza: la *bouillabaisse*. Constante en sus ideas republicanas jacobinas, no quiso reconocer el Imperio, y á pesar de ello, por la protección particular de Lacede, fué nombrado en 1809 administrador de las minas de Elba.

Era Pons de l'Hérault un tipo barroco, un curioso engendro de la Revolución, que participa de los caracteres del antiguo romano y del moderno oficinista, una especie de Catón con lentes montadas en voluminosas narices, terco, rígido y ceremonioso, que se dejaría guillotinar antes de decir ó hacer cosa contraria á sus opiniones. Por lo demás, era ingenuo como un chiquillo y el hombre más bondadoso del mundo.

mado más sangre de la necesaria para anegar la isla». Solicitan, además, «que lo encierren en la Casa de Fieras del Jardín de Plantas de París, en la jaula del tigre, junto á los animales sus semejantes», ó sino, que «manden á Córcega el Minotauro engendrado por ella». Esta protesta, firmada por «*Fidanza y Buonafede* (Confianza y Buena fe), diputados de la isla», es indudablemente apócrifa y nace de uno de los muchos libelos que por entonces se imprimieron en París y el extranjero.

Al ver en la isla de Elba al hombre á quien «tantas veces había execrado sin dejar de admirarle», á quien «la desgracia indultaba del crimen», quedó Pons de l'Hérault sobrecogido por la fascinación napoleónica, y fué desde entonces uno de los más solícitos servidores del hombre que ya no se le mostraba «como un tirano, sino como un genio tan magno como el mundo». Estimóle el Emperador, movido por la misma pertinacia de su escrupulosa probidad, y con él anduvo en relaciones cotidianas, de suerte que no le fué difícil á Pons de l'Hérault escribir cuanto presenciaba. Estas anotaciones ó *Memorias* fueron á parar á la Biblioteca de Carasona y se han publicado recientemente. En ellas se advierten las mismas cualidades y defectos de su autor, pues si aparte de algunas infidelidades de memoria ó lagunas involuntarias son exactas y verídicas, en la recta acepción de la palabra no revelan otro deseo que decir lo que es.

Nada supera ciertamente en verdad á los hechos, pero nada más incompleto y engañoso cuando el que los relata no acierta á descubrir sus antecedentes y consecuencias, su cómo y por qué. El carácter rectilíneo, nada complejo y entero de Pons, incapaz de disimulo, tomó por oro de ley todos los dichos y hechos del Emperador, cuyas características eran la doblez y la insidia. Así es que le pasó por alto un aspecto del objeto de su observación. Parece que el Emperador, no descontento de aquel modo de escribir la historia, estimuló á Pons en la redacción de las notas, que constituyen la única obra de conjunto histórico sobre su efímero reinado de Elba.

Aparte de esta restringida comprensión de los sucesos que presencié, da Pons desmedida importancia á los asuntos en que personalmente interviene. Cuando el Emperador disiente de su parecer, y así se lo manifiesta algo brusco, califica Pons de «disputa» el incidente; pero si al otro día el Emperador le alarga la mano como de costumbre, sin mentar el asunto, que más graves cuidados ponen en olvido, afirma Pons que «el Emperador tenía menos hiel que un polluelo», que era «de carácter tan dulce como un cordero». Hasta en los casos en que Pons se resiste materialmente á la voluntad del Emperador, le engaña éste moralmente.

Tal es, por diversas causas, la vulgaridad perpetua en que Pons envuelve los hechos que relata, pero en cambio, tanto por el número